

I. — Alemania.

Hemos dicho más arriba que en Alemania se cultiva la historia, al propio tiempo que en las cátedras propias de las Facultades de filosofía, en las de aquellas otras ciencias que se llaman políticas y morales, cuyo profesorado—por exigencias científicas que tienen su abolengo en la escuela de Savigny y en la doctrina de la evolución—estudia, al lado de la teoría, la historia de las instituciones. Semejante división de la materia histórica produjo, en el primer instante, una exagerada limitación en las clases de la Facultad de filosofía, de suyo muy inclinadas á concretarse al relato de los hechos políticos. M. Seignobos hacía notar este fenómeno en los siguientes términos: «Han abandonado (los profesores) la historia de las costumbres sociales, y rara vez entran en la de las políticas. Si alguna vez se aventuran en la historia constitucional, es sólo para examinar el mecanismo exterior de las instituciones políticas: nunca descienden á las sociales. Este limitado punto de vista no compromete, sin embargo, el espíritu histórico de las Universidades: los demás profesores se encargan de mantenerlo y velan por que los alumnos se acostumbren á seguir el progreso de las instituciones jurídicas, creencias é ideas» (1). Por lo general, también se ciñen á la historia de la Edad Media y

(1) Seignobos, *L'enseignement de l'histoire en Allemagne*. (Rev. intern. de l'enseign. Tomo I, 1881, pág. 571.) En los seminarios de Economía política (v. gr., el de Schmoller, el de Wagner, etc.) se estudian muchos temas históricos. Ver Saint Marc, *De l'enseign. de l'Economie politique dans les Universités d'Allemagne et de France*. (Rev. intern. de l'enseign. 15 Jun. 1892, páginas 551 á 560 especialmente.)

de la Edad Moderna, dejando la Antigua á los profesores de «filología clásica», quienes, siguiendo el concepto de Wolf, hoy ya general en Europa, comprenden bajo aquel nombre, no sólo el estudio del lenguaje, sino el de toda la civilización grecolatina.

Sin embargo de la limitación á que nos hemos referido, las Facultades de filosofía son las que han iniciado el progreso de la enseñanza en sentido experimental, y las que han conseguido llevarlo á su más alto grado con la creación de los llamados *Seminarios históricos*, cuya iniciación y desarrollo se deben al ilustre Ranke (1830) y á sus discípulos inmediatos, en especial á Waitz, el gran erudito (1).

Representan los seminarios la consagración de los principios de la metodología moderna, y se diferencian notablemente de las clases ordinarias. En éstas rige el sistema usual de conferencias, que por lo común atienden sólo á completar la cultura general de los alumnos con una exposición muy llena de detalles y exenta de toda crítica de las fuentes. Los alumnos no consiguen así más de lo que podría ofrecerles un libro de pormenor, ó una monografía especial sobre los puntos que abraza el curso. Todo lo que se refiere á su educación propiamente científica, á una preparación inmediata para la investigación histórica, ha de buscarse en los seminarios.

Son éstos clases privadas, no obligatorias para los alum-

(1) La exactitud histórica obliga á decir que anteriormente á la época de Ranke se habían ya fundado seminarios, como, v. gr., el filológico del profesor Thiersch, en 1812; pero el gran desarrollo de esta institución vino más tarde. Téngase en cuenta, además, que los seminarios existen hoy en todas las Facultades, no sólo en las llamadas de Filosofía.

nos, en que se atiende con especialidad al conocimiento y crítica de las fuentes y de las llamadas «ciencias auxiliares» de la historia. Deben su creación á la iniciativa particular del profesorado, seguida luego por los Gobiernos; y de aquí que existan ahora dos clases de seminarios históricos: los *privados* y los *oficiales*. Aparentemente, se diferencian ambas clases en que los seminarios de la última procuran de un modo preferente la formación pedagógica (normal) de los futuros profesores, mientras que los otros, aunque de hecho lleguen al mismo fin, tienen un carácter más científico é independiente. Semejante diferencia es, sin embargo, más nominal que otra cosa, aunque está consignada en los reglamentos: porque en verdad (salvo el seminario histórico-pedagógico de Munich, cuyo objeto está claramente determinado por su título) (1), tanto los oficiales como los privados atienden principalmente á la formación científica de los alumnos. Así lo hacen constar diferentes reglamentos y estatutos, como el del seminario arqueológico-epigráfico de Viena, cuyo objeto es el conocimiento «de las fuentes arqueológicas y epigráficas de la filología clásica». No obstante, la mayoría de los seminarios del Estado contienen en sus estatutos una cláusula en que se indica su carácter en términos parecidos á los siguientes: «iniciar en los métodos históricos de investigación y de crítica, y preparar á los futuros profesores de historia de las escuelas superiores» (2).

Los seminarios privados representan, á la vez que la tra-

(1) Los alumnos se ejercitan una vez á la semana en dar lecciones orales bajo la dirección del profesor, como suele hacerse en las Escuelas normales de diferentes países.

(2) Seminario de Kiel, creado en 1882.

dición en este orden de enseñanza, su desarrollo más elevado y científico, que los Gobiernos no han hecho sino imitar en la organización de los oficiales. Aun cuando no son un deber profesional, la mayoría de los catedráticos de historia tienen uno á su cargo, y á él concurren los alumnos de más vocación hacia este orden de conocimientos, en número siempre corto (no suele pasar de veinte): limitación que imponen, además, la naturaleza de los trabajos que en estas clases se verifican, y el breve número de reuniones que hay durante el curso (una por semana, ordinariamente).

Para que se vea el desarrollo floreciente de esta utilísima institución, citaremos algunos datos, correspondientes al actual año académico, en varias de las Universidades alemanas. En la de Berlín hay dos seminarios oficiales filológicos (profesores Vahlen y A. Kirchhoff), tres históricos (Wattenbach, Scheffer-Boichorst y Lenz), uno arqueológico (Curtius), dos dedicados al estudio de la antigüedad (Köhler é Hirschfeld), y otros. En la de Jena los tienen los profesores Gelzer, Goetz, Hirscl (Filología), Lorenz (Historia), Gaedechens (Arqueología), etc.; en Heidelberg, Winkelmann y Erdmannsdörffer (Historia), Duhn (Arqueología), Rohde y Schöll (Filología).....; en Leipzig, Brieger (Historia de la Iglesia), Ribbeck, Lipsius, Wachsmuth (Filología), Overbeck (Arqueología), Steindorff (Egiptología), Lamprecht (Historia); en Gotinga, Weiland y Lehmann (Historia moderna y de la Edad Media), y Dilthey (Arqueología); finalmente, y para no alargar mucho esta cita, la Universidad de Munich tiene seminarios de Historia de la Iglesia, Filología clásica, Arqueología é Historia, con más de veinticinco profesores (comprendiendo los *privat-docentes*) que explican materias históricas. Hay que tener en cuenta,

además, los seminarios privados, que dirigen profesores tan eminentes como Mommsen, en Berlín, y otros muchos.

Dejando aparte detalles de organización que no interesan por el momento, nos detendremos ahora á señalar, especialmente, los ejercicios que constituyen la forma genuina de enseñanza en los seminarios. Hay que advertir que no existe á este propósito uniformidad entre los de todas las Universidades; por el contrario, lo característico es la variedad de métodos, resultado de la gran individualidad de los profesores y sumamente útil para el progreso de la ciencia histórica. Pueden, no obstante, señalarse algunos puntos y principios comunes, que bastan para dar idea del procedimiento, ya se trate de seminarios propiamente *históricos*, ya de los *arqueológicos* ó *filológicos* en el sentido que hemos dicho antes. Expondremos esos principios según la relación de personas que han visto funcionar los seminarios alemanes.

Los principales ejercicios son: explicación de autores; trabajos escritos; temas de composición histórica; conferencias; interpretación de objetos de arte. Todos ellos se dirigen á provocar investigaciones sobre puntos concretos, ó la crítica de fuentes originales.

El procedimiento varía en cierto grado, que conviene notar. Unas veces se presenta á los alumnos, al principio del curso, una lista de temas para que escojan el que ha de ser objeto de su trabajo particular, permitiéndoles, no obstante, la libre proposición de otros temas (seminario de Mommsen). Otras veces, tomando para todo el curso un asunto de gran amplitud, se encargan las diferentes partes de él á otros tantos alumnos; ó bien se procura, por el método socrático, que estos mismos promuevan y planteen

la cuestión, para ir luego á examinar los textos originales que el profesor indique. Todos estos trabajos suponen una actividad directa muy grande por parte de los alumnos, para quienes el profesor es un guía y consejero, en vez de un repetidor de lecciones; pero á menudo, la enseñanza se hace de un modo indirecto, exponiendo el profesor el trabajo de investigación y análisis que requiere el punto escogido, esto es, haciendo de su conferencia una *lección modelo* para explicar el método que ha de seguirse en el estudio y en la enseñanza. Este procedimiento es, sin duda, menos adecuado para la formación científica de los estudiantes que el anterior; en realidad, es menos frecuente en los seminarios alemanes. Lo ordinario es que el profesor dedique las primeras reuniones á explicar los principios generales del método. Volvamos, pues, á los ejercicios que representan más fielmente los principios de la metodología moderna (1).

Sustancialmente, pueden reducirse á dos: composiciones de temas escritos (*Kleine Arbeiten*), y lectura crítica de do-

(1) Véanse, para pormenores sobre este punto, los siguientes trabajos: Camilo Jullian, *Notes sur les séminaires historiques des Universités allemandes* (*Rev. intern. de l'ens.*, VIII, 1884); Seignobos, *L'enseignement de l'histoire en Allemagne* (idem id., I, 1881); A. Lefranc, *Notes sur l'enseignement de l'histoire dans les Universités de Leipzig et Berlin* (idem id., 15 Marzo 1888, xv); God. Kurth, *De l'enseignement de l'histoire en Allemagne* (*Rev. de l'instr. pub. en Belgique*, t. XIX, 1876); Eberhardt, *Zur Methode und Technik der Geschichtsunterricht auf den Seminarien*, Eisenach, 1874; Mahrenholtz, *Wandlungen der Geschichtsauffassung und der Geschichtsunterrichts, besonders in Deutschland*, Hamburg, 1891; Collard, *Trois Universités allemandes (Strasbourg, Bonn, Leipzig)*, Lovaina, 1879; Frédéricq, *De l'enseignement sup. de l'histoire en Allemagne* (*Rev. de l'instr. pub. en Belgique*, XXV, 1882). Además, los estatutos de los Seminarios, de los cuales se citan algunos en la pág. 24. Los de Berlín se han publicado en la *Centralblatt d. Preuss. Unterr. Verw.* 1888 (*Statuten der historischen Seminars zu Berlin*).

cumentos y crónicas. La proporción en que se emplean estos dos ejercicios varía mucho; generalmente, se reparte por igual entre ambas las horas de trabajo (seminario del profesor Bresslau en Berlín), ó bien los alumnos se dividen en dos secciones, una para cada ejercicio (seminario de Giesebrecht). A veces, se prescinde de uno de ellos, pero no es lo frecuente (seminarios de Noorden y de Droysen). En ambos ejercicios la intervención personal de los alumnos es libre y constante, por medio de observaciones y preguntas que unos á otros se dirigen, sobre todo cuando se trata de la crítica y comparación de documentos, que es el ejercicio más extendido. Cada alumno se encarga de una porción del documento ó crónica, y hace su comentario, con el juicio histórico de su valor, autenticidad, veracidad, etc., utilizando otras fuentes contemporáneas (1): así se procedía en el seminario de Waitz. M. Frédéricq pudo ver uno de estos ejercicios, que versaba sobre las varias crónicas relativas á la época de Carlos Martel. El trabajo consistía en notar los puntos de conformidad y disconformidad entre las autoridades originales respecto de un hecho, las fuentes de sus narraciones y la parte de copia que podía haber de unas á otras. El profesor intervenía á cada momento con preguntas, observaciones y citas; y cuando un estudiante hacía alguna observación verdaderamente nueva, Waitz la anotaba al margen del libro comentado (2). Lo mismo ocurre en el seminario del profesor Erdmannsdörffer (Heidelberg); debiendo notarse que, para estos trabajos, cada uno de los

(1) Apud Dr. C. Gross, norteamericano, graduado en Gotinga. Citado por H. B. Adams, *Methods of historical study*, Baltimore, 1884.

(2) P. Frédéricq, *De l'enseig. sup. de l'histoire (Revue de l'instruc. pub. en Belgique)*, 1882).

alumnos tiene á la vista un ejemplar del autor ó texto cuya crítica se hace. A este propósito, los seminarios cuentan con bibliotecas especiales, ricamente dotadas, á veces. En ellas figuran las obras más importantes de consulta y trabajo, tales como los *Monumenta germaniae historica*, *Corpus Inscriptionum Latinarum*, la edición de Baronio de los *Annales Ecclesiastici*, el *Glosario* de Ducange, el *Corpus juris Germanici* de Walter, la *Bibliotheca mediæ aevi* de Potthast, etc. (1). En muchos seminarios tienen también los alumnos salas de trabajo, en las cuales utilizan con toda libertad los libros y documentos de su biblioteca especial.

Estos trabajos de crítica y comparación se emplean también para los autores contemporáneos ó las leyes vigentes en las naciones modernas. Ejemplo de ello era el seminario de Bluntschli, dedicado al derecho político é internacional: en él se comentaban, v. gr., las constituciones de varios Estados europeos, haciendo su crítica comparativa. Cuando el ejercicio se contrae á los autores que se llaman «clásicos» por antonomasia, tiene un carácter especial, de que vamos á ocuparnos en seguida, juntamente con otros trabajos á que ya hemos hecho referencia.

De la explicación de objetos de arte y visitas á los museos, trataremos más adelante.

Explicación de autores antiguos.—Se practica lo mismo en los seminarios privados que en los oficiales, y generalmente se hace en latín, preocupándose mucho del aspecto gramatical y descuidando la interpretación histórica, en términos, según dice un testigo presencial, que se rompe

(1) E. Dreyfus-Brisac, *L'université de Bonn et l'enseig. sup. en Allemagne*, y Seignobos, *loc. cit.*

«esa unión de la historia y de la crítica de los textos, esa concentración de todas las ciencias al intento de llegar á un conocimiento completo de la antigüedad, que constituyen los principios de la filología alemana» (1). Otras veces, el trabajo se reparte entre los alumnos y el profesor, preparando aquéllos los textos que han de examinarse y reservando á éste (aunque no siempre) la crítica histórica de comparación é interpretación (2). Lo mismo se hace con los textos originales de la Edad Media y la Moderna (3).

Ejercicios de composición y estilo.—Las redacciones que sobre puntos determinados hacen los alumnos, suelen ser objeto de crítica hecha por uno de sus compañeros, cuyo juicio se discute delante del profesor. No tienen gran importancia, porque la crítica es pocas veces de carácter científico.

Trabajos escritos.—Constituyen el ejercicio más provechoso y de más interés educativo de los seminarios. El alumno escoge un tema concreto, y sobre él escribe un verdadero trabajo de investigación personal, en vista de los textos originales: historiadores contemporáneos y todas las fuentes epigráficas, arqueológicas y literarias que le es posible consultar. Este trabajo, para el cual no se fija plazo

(1) Camilo Jullian, *loc. cit.*, pág. 410.

(2) Seminario de Nitzsch (Berlín) y de Koechly en Heidelberg.— Véase Seignobos, *loc. cit.* Téngase en cuenta la fecha de estos datos de Seignobos, Jullian, etc., por lo que toca á la residencia de los profesores alemanes, los cuales varían con frecuencia de Universidad. Para su distribución actual, ver el utilísimo libro de Kukula y Trübner, *Minerva, Jahrbuch der gelehrten Welt.*—Dritter Jahrgang, 1893-94.—Estrasburgo, 1894.

(3) Seminarios de Pauli, de Giesebrecht y otros, citados por Seignobos. También el de Erdmannsdörffer.

perentorio, pasa luego á examen del profesor, quien formula su crítica en una de las reuniones, dándole carácter enteramente impersonal: es decir, refiriéndose exclusivamente al tema, al modo de tratarlo y á los resultados obtenidos, pero evitando toda observación acerca de las cualidades personales del alumno. Al mismo tiempo, completa los datos que éste aduce con otros nuevos relativos al mismo asunto; ó bien rectifica los que cree equivocados, ó el juicio que de ellos hace el expositor. De aquí resulta, como observa muy bien M. Jullian, que, tanto para la instrucción científica como para la educación profesional de los estudiantes, conviene más que los trabajos presentados sean muy defectuosos (como naturalmente sucede, por punto general, al principio), porque de este modo la crítica del profesor es más amplia, sus observaciones más extensas y eruditas, y la corrección aprovecha en mayor grado á todos los oyentes.

El valor científico de estos ensayos no es circunstancia que debe importar hasta el punto de exigir una perfección imposible, ajena al propósito que en ellos se busca y no exenta de peligros para la gradual formación científica del educando. Su verdadero valor consiste en que obligan á un trabajo personal sobre las fuentes, á una investigación propiamente seria y detenida, la cual ha de verse precisado á seguir el estudiante cuando intente hacer por su cuenta estudios históricos.

Todo esto pide, naturalmente, una preparación anterior en epigrafía, paleografía diplomática, y, en general, las llamadas ciencias auxiliares de la historia; sin lo cual es imposible, las más de las veces, el manejo de las fuentes directas. Los alumnos de las Universidades alemanas po-

seen, por regla general, esta preparación, y así ocurre que no dejan de consultar ninguno de los textos necesarios para su trabajo, utilizando con igual competencia (como, verbi gracia, se hace en el seminario de «historia romana» de Mommsen) la epigrafía latina y la griega. Semejante cultura, la más completa que se conoce, es característica de la enseñanza alemana (1). «En Francia—escribía en 1884 M. Jullian—un gramático no suele ser al mismo tiempo epigrafista, y el historiador ó el jurisconsulto no quieren ser, con frecuencia, ni lo uno ni lo otro. No sucede lo mismo en Alemania, merced, sobre todo, á los seminarios: llámense epigráficos, arqueológicos ó filológicos, se trabaja en ellos sobre todo lo que puede ayudar al conocimiento de la antigüedad.»

En cambio, la enseñanza alemana tiene un defecto de que, no sin razón, se la acusa: y es que reduce la educación histórica á la parte puramente técnica ó instrumental, que diríamos; es decir, al estudio y crítica de los documentos. De este modo, los alumnos «salen expertos en la crítica de los textos, pero pierden en firmeza intelectual lo que ganan en habilidad técnica; á tal punto, que se encuentran frente á una cantidad grande de materiales cuyo empleo son incapaces de hacer» (2). Sin extremar tanto la consecuencia como lo hace M. Seignobos, no será aventu-

(1) No obstante, la preparación de los alumnos parece haber decrecido en estos últimos años. El profesor Ernest Eck, en un reciente escrito (*Zur feier des Gedächtnisses von B. Windscheid und R. von Ihering*, 1893), se queja de esta falta, á la cual añadirá motivos la nueva reforma de la segunda enseñanza prusiana, que restringe el estudio del latín y del griego.

(2) Seignobos, *loc. cit.*, páginas 587, 589 y 596. Véase el cap. III, en que se vuelve á tratar esta cuestión.

rado decir, según los datos que conocemos, que los alumnos no adquieren en los seminarios el sentido de lo que se llama la composición histórica, por carecer de conocimientos generales sociológicos á cuya luz vean la relación y unidad de los hechos y la importancia y sentido de las cuestiones que promueven.

La medida en que este elemento ha de entrar en las clases de historia, requiere una cierta prudencia; y no debe en modo alguno utilizarse su necesidad como argumento para persistir en los métodos de explicar la historia *a priori*, ó para rechazar, como de menos valor, la erudición pura. En España, según veremos más adelante al tratar este problema, no puede haber ni siquiera aquel peligro, faltando, como falta principalmente á nuestros historiadores, esa cultura técnica. La razón de su predominio en Alemania se explica perfectamente teniendo en cuenta la situación de los profesores que reorganizaron allí, en el primer tercio de este siglo, el estudio de la historia. Instruidos en su juventud en el derecho, la teología y la literatura; habiendo aprendido de los filósofos entonces en boga ideas generales sobre la naturaleza humana, sobre el Estado, sus derechos y deberes, etc., se encontraron con una porción de exigencias racionales para los estudios históricos, pero sin los conocimientos técnicos necesarios. Su actividad, pues, había de dirigirse de un modo principal á obtenerlos; y el esfuerzo que para llenar esta laguna de su educación hubieron de hacer, ha sido lo más presente á su espíritu y lo que principalmente les ha preocupado en la educación de sus alumnos, queriendo evitarles de este modo las dificultades con que ellos tropezaron en edad ya avanzada. La diferencia estriba en que aquella preparación de cultura general,

aquella formación de la inteligencia con que ellos contaban, no las poseen los actuales alumnos; y por esto, el error de los profesores de historia es, en opinión de muchos, dar demasiada extensión á la técnica, que se puede (dicen) aprender en cualquiera edad, y no aprovechar el momento en que el espíritu resulta más apto para recibir las ideas generales. Ya veremos más adelante cuál debe ser, quizá, la verdadera posición de este problema.

Tal como es, la educación de los alumnos de historia en Alemania dispone como ninguna para la formación científica de aquellos, dándoles lo que llamaríamos *conocimientos instrumentales*, sin los que se hace imposible el manejo de las fuentes y la orientación adecuada del investigador para el aprovechamiento de sus datos. Al propio tiempo, los seminarios ayudan á resolver un problema de extraordinario interés en la enseñanza: el de las relaciones é intimidad entre el profesor y los discípulos, base imprescindible para el mayor fruto de la educación y para la vida consciente, autónoma y robusta de la Universidad.

Pero conviene advertir que no debe considerarse como resuelto definitivamente el problema. Cabe todavía formular exigencias en punto al modo de funcionar los seminarios, remediando faltas que sin duda tienen; y parece indicar que el profesorado siente ya semejante exigencia, el hecho de que, en la primera reunión de los historiadores alemanes, celebrada en Munich al año último (1893), uno de los temas que discutieron fué el de la organización de los seminarios (1).

(1) Igual prueba suministran algunos de los trabajos citados en la bibliografía de la pág. 27.

2.—Francia.

La enseñanza superior de la historia corresponde en Francia, principalmente, á las Facultades de Letras, cuya organización difiere mucho de la que tiene la llamada entre nosotros de Filosofía y Letras, aunque el programa (caso aparte de su extensión) presente en ambas un fondo común de materias.

Para estudiar concretamente esa organización y los procedimientos pedagógicos que la acompañan, tomaré como ejemplo la Facultad de Letras de París, que reúne también, para este caso, la ventaja de ser la más desarrollada y floreciente de todas y el prototipo de ellas (1).

El gran desarrollo de la segunda enseñanza en Francia, y los frutos que de conformidad debiera producir, dan á la superior una independencia casi absoluta, y le permiten formarse un carácter propio y un programa especial, des-

(1) Véanse como fuentes: Lavissee, *Questions d'enseignement national*, 1885 (páginas 7 á 88), *Études et étudiants*, 1890; Hildebrand, *De la réforme de l'enseign. sup.*, 1868; Gréard, *L'enseignement sup. à Paris*, 1881; Monod, *De la possibilité d'une réforme de l'enseign. sup.*, 1876; P. Frédéricq, *L'enseign. sup. de l'histoire à Paris (Rev. intern. de l'enseignement, VI, 1883)*; Langlois, *L'enseignement des sciences auxiliaires de l'histoire du Moyen-âge à la Sorbonne (Bibl. de l'École des Chartes)*. Más adelante se citan otros trabajos.

La mayor parte de los datos que expongo son de experiencia personal y se refieren al curso de 1889-90, en cuyo mes de Mayo visité algunos de los centros científicos de París, para estudiar lo referente á la historia. Hago aquí público testimonio de mi gratitud hacia todas aquellas personas de quienes he recibido con esta ocasión señaladas muestras de bondadoso interés, y especialmente hacia los profesores Sres. Lavissee, Monod, Seignobos y Morel-Fatio, á los cuales debo particulares atenciones y no pocas noticias referentes á la enseñanza.